

Tres prisioneros: memoria y literatura

Isabel Marcillas Piquer*

Universidad de Alicante

FECHA DE RECEPCIÓN: 09-07-2016 / FECHA DE ACEPTACIÓN: 23-09-2016

Resumen

La escritora catalana Aurora Bertrana (1892-1974), durante los últimos años de su vida como exiliada, participó, al final de la Segunda Guerra Mundial en una misión humanitaria en Etobon, en la Haute-Saône, al sur-este de Francia. En Etobon vivió de primera mano el drama de las mujeres del pueblo; la mayoría de los hombres habían sido asesinados y ellas se veían obligadas a convivir con los asesinos de sus hijos, maridos y hermanos, convertidos ahora en prisioneros. Esta vivencia impactó fuertemente a la autora, no la abandonó con el paso de los años y la llevó a escribir dos novelas en las que literaturiza su memoria personal de los hechos: *Entre dos silencios* (1958) y *Tres prisioneros* (1957). El artículo se centra en esta última novela e indaga en los paralelismos entre la historia real y la literaturizada, a través de unos personajes traumatizados por la experiencia de la guerra.

Palabras clave

Memoria – Literatura catalana – II Guerra Mundial – Trauma – Aurora Bertrana

Three prisoners: memory and literature

Abstract

The Catalan writer Aurora Bertrana (1892-1974), during the last years of her life in the exile, participated at the end of World War II in a humanitarian mission in Etobon, in Haute-Saône, south-eastern of France. In Etobon he lived firsthand the tragedy of the women of the village; most of the men had been killed and women were forced to live with the murderers of their sons, husbands and brothers, now converted into prisoners. This experience had a strong impact to the author, not left her over the years and led her to write two novels that explain personal memory of the facts: *Between two silences* (1958) and *Three prisoners* (1957). The article focuses on the last one novel and explores the parallels between real history and fiction, through characters traumatized by the experience of war.

Keywords

Memory – Catalonian literature – World War II – Traumatic impression – Aurora Bertrana

Recordamos a Aurora Bertrana i Salazar (1892-1974) –hija del célebre escritor catalán Prudenci Bertrana–, sobre todo por su libro de viajes *Paraísos Oceánicos* (1929) y también por el que se derivó de su estancia en Marruecos en el año 1935, *Marruecos sensual i fanático*. En los dos volúmenes descubrimos una Aurora Bertrana de carácter intrépido y aventurero, identificada con una literatura innovadora, tanto por la temática tratada como por el hecho de ser ella misma quien daba testimonio de los hechos que se narraban. Ambos libros, al lado de otros resultantes de la experiencia vivida en las islas de la Polinesia, prometían una carrera literaria de amplio alcance. Pero en el año 1938, Aurora Bertrana abandonaba España en plena guerra civil y partía a Suiza hacia el exilio; un exilio que se habría de prolongar a lo largo de once años y durante el cual tuvo que concentrar sus fuerzas en la subsistencia del día a día más que en la práctica literaria.

Aunque referirnos a los pormenores autobiográficos de la escritora catalana no sea el objetivo primero de este artículo, no podemos obviar aludir, aunque sea de forma tangencial, a la peculiaridad de las circunstancias vitales de Aurora Bertrana.¹ Casada con un ingeniero suizo de quien se había enamorado en Ginebra mientras estudiaba música, se instaló en Barcelona después de vivir tres años en la Polinesia junto al que fuera su marido, Denis Choffat. Pero el estallido de la guerra provocó entre ellos desavenencias ideológicas que situaron al matrimonio en lados opuestos de la contienda bélica, ocasionándoles una ruptura definitiva. Recuerda la autora, con estas palabras, sus sensaciones en los comienzos de su vida como exiliada:

Era el mes de junio del 1938. Había abandonado Barcelona, una Barcelona arruinada, hambrienta, bombardeada y sucia. Volvía a estar en Ginebra, la entrañable ciudad de mis amores. En el año veintitrés, cuando llegué por primera vez, esta ciudad me había abierto los ojos a un mundo nuevo, un mundo insospechado, revelador y no precisamente por sus monumentos, parques, jardines, los muelles del Lemán y del Roine, y sus paisajes alpinos, sino por su grado de civilización, de cultura, de civismo y europeísmo que allí se respiraba (1975: 213).

Al final de la Segunda Guerra Mundial, después de haber salvado numerosas vicisitudes para sobrevivir en el exilio, y casi cuando éste podía considerarse como concluido, Aurora Bertrana se vio involucrada en una misión humanitaria en la Haute-Saône, al este de Francia; destinada a Etobon, en el norte del cantón de Héricourt, convivió con las viudas de

¹ Aurora Bertrana publicó el primer volumen de sus memorias en el año 1973 en la editorial Pòrtic de Barcelona. En 1975 aparecía el segundo volumen *post mortem*, sin que la autora hubiera tenido tiempo de revisarlo. Ambos libros, escritos en catalán, lengua familiar de Bertrana, fueron muy bien recibidos por un público conocedor del carácter luchador de su protagonista. En el año 2013 los dos volúmenes fueron reeditados por la Diputación de Girona, ciudad natal de la escritora.

aquel pueblo, cuyos hombres, salvo alguna excepción, habían sido asesinados como represalia por la muerte de un teniente coronel, el 27 de septiembre de 1944. Las conversaciones con las mujeres del pueblo, el silencio que reinaba en él y el peso casi material de los muertos, incidieron fuertemente en el espíritu de la escritora. Dan testimonio de esta terrible circunstancia, entre otras, estas palabras de la autora, aparecidas en el prólogo de su novela *Entre dos silencios*: “Llegué a vivir el drama íntimo como una cosa mía, familiar. Conocía todos los detalles, incluso los más nimios; sentía el horror. Poco a poco, la extraña realidad de aquel pequeño lugar sin hombres me penetraba como penetra en la tierra una lluvia de otoño; callada y lenta” (2006: 12).

Algunos años después, ya de vuelta del exilio y decidida a empezar una vida sencilla en Barcelona, alejada de las tragedias acaecidas, Aurora Bertrana no conseguía todavía deshacerse del peso de la experiencia vivida en Etobon y afirmaba:

Pasé el primer verano en una casa solitaria del Montseny. La paz y la amplitud de aquel paisaje me tentaban a no pensar más en cosas tristes, a olvidar todo lo que había pasado –en mi país y en Europa–, a retomar mi antigua vida, despreocupada de todo lo que fuera trágico, con ojos para mirar sólo los aspectos hermosos del mundo y de la vida. Pero ellos [los muertos de Etobon] se me presentaban una y otra vez. Comprendí que no me liberaría de sus fantasmas hasta haber dado testimonio de todo ello en un libro (2006: 16).

De esta inquietud, sustentada en el malestar provocado por un trauma ajeno vivido casi como propio, se derivaron dos libros: *Tres presoners* (*Tres prisioneros*), publicado por Albertí Editor en 1957, y *Entre dos silencis* (*Entre dos silencios*, 1958), escrita primeramente en castellano bajo el título *La aldea sin hombres* y traducida por Joan Sales al catalán. Antes, en el año 1956, a partir de esta misma experiencia, Bertrana había escrito el relato breve *El pomell de violes* (*El ramillete de violetas*), premio en unos juegos florales de Tarragona, publicado por la editorial Editex en la colección L'Ocell de paper.

Lo primero que llama la atención de estos tres textos es la transformación temática que experimenta la producción de la autora; el exotismo desaparece y queda substituido por la desolación causada por la guerra. En el ya mencionado prólogo a *Entre dos silencios*, Aurora Bertrana comenta que algunos amigos le habían echado en cara el hecho de ocuparse en sus textos de una guerra por la que no nos habíamos visto ni moral ni materialmente tan afectados como lo habíamos sido por la Guerra Civil española. En este sentido la escritora argumenta que, aquellos que pasan gran parte de su vida en tierras lejanas, es natural que las tomen como tema de sus libros. No obstante, creemos que este cambio temático obedece, principalmente, a la evolución de la personalidad de la autora por haber sufrido diversas vivencias traumáticas, entre las que destaca el hecho de

haber sido ella misma una exiliada durante muchos años.² Después de haber analizado, en un trabajo anterior, la novela *Entre dos silencios*,³ este artículo propone el estudio de *Tres prisioneros*, atendiendo a la funcionalidad múltiple de la literatura que trasciende lo meramente estético para acercarnos, a través de la memoria, a las experiencias vitales de la narradora.

Literaturizar la historia

Tres prisioneros narra la historia de Franz Thorn, Linsa Wurm y Kòstia Blitzau, soldados concentracionarios destinados a un pueblecillo de la Haute-Saône, donde debían ponerse a las órdenes de sus habitantes para ayudar en las tareas del campo. Las tensiones que tienen lugar a raíz de esta convivencia impuesta y los odios de los campesinos hacia los vencidos constituyen el eje principal de la novela. Como revela la misma escritora en las *Memorias del 1935 hasta el retorno a Catalunya*, la trama de la historia tiene como base su propia estancia en el pueblo francés. Dice la autora:

A mí me tocó vivir en una casa medio destruida en compañía de tres hombres del grupo: un pastor protestante y dos campesinos. Yo tenía que buscar y cocinar la comida de los cuatro. En el sótano de la casa, vivía también un prisionero de guerra alemán, uno de los tres que el gobierno había destinado al pueblecillo para ayudar a las mujeres en la tarea de reconstrucción y labranza. [...] El mencionado prisionero de guerra habitaba en la casa del único superviviente del pueblo, el cual era suficientemente generoso para permitir que el alemán se sentara en su mesa, actitud que no aprobaban ni su mujer ni su hija. Se sentían tan impregnadas de odio contra los alemanes que no aceptaban compartir con uno de ellos, aunque vencido y prisionero, el lugar que había ocupado el heredero de la casa y el prometido de la hija, fusilado con todos los hombres del pueblo. Yo comí alguna vez con los dos hombres, el francés y el alemán, diríamos con el vencedor y el vencido, mientras las dos mujeres comían en la cocina. Estos personajes y otros del lugar me inspiraron otra novela, que escribí años más tarde con el título de *Tres prisioneros* (1975: 483-484).

Remarcaremos, a partir de estas palabras, cómo la memoria de la autora cobra un papel relevante ya que, a través del imaginario literario que nos ofrece su texto, reescribe la historia individual y colectiva del lugar que vivió el fusilamiento de los hombres, la ocupación y la posterior victoria. Como afirma Joutard (1999), el historiador no debe olvidar todo lo que le aporta la memoria, ya que gracias a ella podemos comprender las

² Es posible aproximarse a las vivencias de Aurora Bertrana en el exilio a través de Isabel Marcillas, “Aurora Bertrana: una visió de l’exili” en el volumen *El exilio republicano de 1939. Viajes y retornos*.

³ Véase Isabel Marcillas, “Violència i repressió política en *Entre dos silencis* (1958) d’Aurora Bertrana”, citado en la bibliografía.

mentalidades y los sentimientos de aquellos que vivieron unos hechos determinados; así, las imágenes, los imaginarios y los símbolos no son solamente adornos de la memoria sino una de las claves que nos permiten interpretar la historia. De esta manera, basada en los recuerdos de la autora y en los testimonios orales de los supervivientes de Etobon, *Tres prisioneros* se construye a través de productos culturales complejos, la memoria y la oralidad, a menudo forjados también a base de silencios, errores, olvidos y, por este mismo motivo, de contradicciones que apuntan a la complejidad y la riqueza de la experiencia humana.

Asimismo, es necesario señalar que el relato de Bertrana se relaciona directamente con la idea de custodia de la cual nos habla Marianne Hirsch, referida a la conservación o protección “de un pasado personal y generacional traumático con el cual algunos de nosotros tenemos una conexión vital, un pasado que está pasando a la historia” (109).⁴ De forma similar a los actuales estudios sobre postmemoria, Aurora Bertrana indaga acerca de lo que Susan Sontag (2003) ha descrito como “el dolor de los otros”. La escritora, todavía afectada, a pesar del transcurso de los años, por un dolor que no era el suyo, se ve impelida a dejar constancia por escrito del testimonio de las víctimas a través de la literaturización de la experiencia. Tanto es así que lo intenta hasta tres veces, en tres textos diferentes, bajo puntos de vista también diferentes. Contribuye de esta manera a dar forma a lo que Diana Taylor (2003) ha llamado “el repertorio”, que hace referencia al conocimiento personal ausente de los archivos históricos, tal vez porque ha estado directamente eliminado por los historiadores tradicionales al no tratarse de un conocimiento que pueda ser relatado con la objetividad adecuada.

Las líneas de las *Memorias* de Aurora Bertrana que acabamos de leer muestran, en definitiva, cómo la escritora siente una atracción especial por las relaciones que se establecen entre vencedores y vencidos, por los paralelismos entre ambos relacionados con los sentimientos experimentados en circunstancias extremas, la impotencia, la rabia, el dolor, el duelo y la melancolía que provoca la guerra, donde todos los implicados, sean del bando que sean, resultan, en última instancia, perdedores. Es en este sentido que *Tres prisioneros* se convierte en un trabajo de duelo, un relato de seres traumatizados por la guerra. Es también un documento en el que la oralidad de los testimonios, vívida todavía en el recuerdo de la autora y añadida a sus propias vivencias, se transforma en un producto cultural complejo susceptible de ser incorporado a la narrativa histórica social.

Así, y siguiendo nuevamente la terminología acuñada por los estudios que aluden al concepto de postmemoria, la autora catalana establece con los protagonistas de los hechos de Etobon una relación extrapolable a la de los nexos familiares y, al reformular a través de

⁴ En este artículo, la autora define el término postmemoria a partir de la relación de la segunda generación, referida principalmente a la descendiente del Holocausto, con las experiencias intensas y, a menudo traumática, que precedieron sus nacimientos.

mecanismos literarios la historia que le fue transmitida, se acerca a lo que Froma Zeitlin bautiza con la categoría de “testimonio indirecto”.

Como afirma Marianne Hirsch, “el impacto corporal, psicológico y afectivo de un trauma y sus secuelas, sobrepasan los límites de los archivos y las metodologías históricas tradicionales” (11). En el caso de los prisioneros alemanes

que dan vida al texto bertraniano, podemos apreciar de una u otra manera estos tres tipos de señales derivados de un trauma que trasciende la individualidad para formar parte de la historia colectiva. Veámoslo.

El intelectual vencido

Franz Thorn representa el modelo de intelectual vencido, rebajado a la obligación de desarrollar un trabajo corporal que no requiere de la inteligencia que estaba acostumbrado a ejercitar en la profesión que desarrollaba con anterioridad a la guerra. Thorn es un perdedor, no sólo porque forma parte de los vencidos sino porque se ve constreñido a llevar una vida de esfuerzo físico, en una familia en la que las mujeres lo menosprecian, no aceptan su compañía, no le hablan. Únicamente el padre, alcalde del pueblo, sabe ver en el prisionero no a un enemigo, sino a un hombre instruido, amante de las letras, hecho que despierta en él la admiración.

Vencedor y vencido apuestan por la educación y la cultura como clave del triunfo en una sociedad deshecha a causa de una lucha fratricida por el poder.⁵ Saunier, el alcalde, redime a Thorn cuando le encarga la instrucción de un chiquillo del pueblo. Así el trauma psicológico del alemán se atenúa, ya que encuentra en el joven la posibilidad de transferir el bagaje cultural del propio país, un bagaje que no tiene nada que ver con el fusilamiento despiadado de los hombres del pueblo, o con la exterminación masiva de judíos, hechos tan transcendentales como execrables con los cuales el mundo iba a relacionarles a partir de aquel momento.

El joven melancólico

Por su parte, Linsa Wurm era un joven débil, según la descripción de Bertrana “de ojos azulísimos [i] una mirada triste y desesperada, como la de

⁵ Cabe destacar que la educación como herramienta de liberación es un tema que Aurora Bertrana había abordado, aunque de forma distinta, en otras ocasiones. A lo largo de su vida profesional, la autora se había interesado muy especialmente por las mujeres y por su instrucción, de tal forma que –en la década de los treinta– intentó crear una universidad obrera femenina, proyecto que, lamentablemente, se materializó en una institución mucho más burguesa de lo que ella hubiera deseado, el Lyceum Club de Barcelona. Por otra parte, después de su viaje a la Polinesia, la autora era llamada a impartir numerosas conferencias en las que, en múltiples ocasiones, apelaba a la necesidad de instrucción de la mujer para poder formar parte activa de la sociedad. Su viaje a Marruecos se concretó, asimismo, en el análisis de la mujer musulmana, de la cual destacaba también la carencia de formación. No es extraño, pues, que en este texto la autora catalana se refiera a la educación como a un posible elemento de redención ante la desgracia.

un animalillo salvaje caído en una tramp” (1957: 12). La voz narradora nos induce a empatizar con este prisionero: joven, con apariencia de ángel desvalido, incapaz de trabajar porque el cuerpo no se lo permite. La enfermedad que lo afecta no es corporal sino anímica. El dueño de las tierras donde ha ido a parar le da palizas porque no puede sacar adelante la faena que de él se espera. Para el campesino, el prisionero es simplemente un gandul. Un vencido que no puede cumplir las órdenes del amo, que no puede trabajar la tierra o colaborar en las tareas de reconstrucción, no vale para nada, sólo es digno de ser devuelto al campo de concentración. Desposeído de todo lo que amaba, e incapacitado para asumir la pérdida, el joven Linsa se convierte en un ser melancólico.

Para Freud,⁶ la melancolía es una de las dos reacciones que un individuo puede experimentar ante un choque traumático que tiene la pérdida como desencadenante. En este sentido, la desaparición de aquello que amamos deja una cicatriz psicológica en la parte más íntima o profunda del ser humano que sólo se extingue con el propio yo. Así, la melancolía ocasiona una especie de enfermedad psicológica crónica sin cura. Es el caso de Linsa, frágil corporal y emocionalmente, no supera el alejamiento de la tierra natal, de la madre y la prometida, no supera la violencia de la guerra de los malos tratos de aquel a quien le ha tocado servir como prisionero. Simplemente desea estar tumbado y cerrar los ojos. La muerte, que le llega plácida e intangible, se convierte en la única liberación para un ser incapaz de superar el trauma que le ha tocado vivir.

La mujer violada

Pero a pesar de que la novela de Bertrana se centra principalmente en los sentimientos de los prisioneros que dan título a la obra, encontramos también la tragedia de una mujer que llama particularmente la atención de la escritora. Se trata de Gabrielle, una joven violada durante la ocupación. Huérfana de padre y embarazada, su madre decide que es mejor alejarla del pueblo donde ha tenido lugar la desgracia; por azar, acaba en la granja de la señora Caterina, a quien ayudará en las tareas domésticas y del campo, al igual que el tercero de los prisioneros, Kostia.

La historia de Gabrielle nos interesa en tanto que personaje contrapuesto a Linsa por la manera de afrontar el trauma personal. Gabrielle se muestra como una mujer débil en apariencia:

Llegó [a Hugel] algunos días después que los prisioneros. Era una mujercita insignificante, con cabellos de color de trigo maduro, piel pálida y mejillas pecosas, la naricilla un poco arremangada y los dientes ligeramente superpuestos. Marcas inequívocas de maternidad futura le deformaban el cuerpo; la falda le subía por la parte delantera, dejando ver un trozo de pierna sin medias. Y, cuando se paraba abría la boca como los

⁶ Para ampliar este tema, véase el ensayo de S. Freud “Duelo y melancolía”.

peces hacen fuera del agua. Entró en el pueblo con pose indecisa (1957: 25).

Esta indecisión, provocada por el hecho de ser una mujer corporalmente marcada, estigmatizada a causa de una violación, no le impide luchar por adaptarse a la nueva circunstancia vital. Gabrielle, sin saberlo, inicia un trabajo de duelo que le permitirá afrontar el síndrome postraumático que la asedia. Se puede argumentar el personaje de Gabrielle como el de una mujer símbolo. Símbolo en tanto que representa el drama de muchas mujeres que, víctimas de la violencia de la guerra, tuvieron que sufrirla en su propio cuerpo, instrumentalizado, menospreciado y humillado durante la ocupación. En la novela, el soldado que abusó de Gabrielle fue fusilado; por este motivo, la joven no solamente se ve obligada a soportar el estigma de la violación, sino que también se siente moralmente responsable de la muerte del soldado:

– Y, ¿Qué decían? [Pregunta Gabrielle a Kòstia]

Kostia vacilaba en hablar; por fin se decidió.

– Bien, si quiere saberlo, decían que se cometió una injusticia con aquel soldado, que él la quería, que usted no le rechazaba... y por eso...

– ¡Calle!; ¡Calle! (157: 124)

Como afirma Brown (1986), cuando una mujer ha sufrido malos tratos físicos se supone que ha contribuido a su problema o, incluso, que ella es el propio origen. Así, Gabrielle, no puede dejar de pensar en las palabras de Kòstia; triplemente vulnerable –joven, mujer y embarazada– se plantea la posibilidad de su culpa: “Los compañeros del soldado pensaban que [él] era inocente, o al menos, no enteramente responsable. Creían que ella le había animado, y ella no estaba en absoluto segura de lo contrario” (1957: 125). Con estas afirmaciones Bertrana recrea el mito de la víctima voluntaria de la violencia interpersonal, que sirve para perpetuar el patriarcado social. Las mujeres del pueblo se vuelven contra Gabrielle; su cuerpo, deformado por la maternidad, se confiere en un espectáculo repulsivo para alguna de ellas. Simonne, la hija del alcalde “conocía el drama de Gabrielle Marke, pero, cuanto más la miraba, más asco y desprecio sentía por ella. Y, de repente, como si no fuera ya bastante fea y repugnante, la forastera había echado a llorar” (1957: 26). De esta manera, la víctima se convierte en un sujeto patológico, a quien se le supone una cierta disponibilidad, agravada, en este caso, por la fealdad del cuerpo de la joven.

Las pesadillas persiguen a Gabrielle. En palabras de Caruth, éstas se convierten en una “recurrencia literal del acontecimiento contra la voluntad de aquél a quien habitan” (1996: 59) y adquieren así una dimensión sugestiva y fantasmagórica de la representación del trauma. No obstante, pueden ser definidas en términos de representación teatral, circunstancia que permite el distanciamiento hasta el punto de servir como instrumento para el

trabajo de duelo, el mecanismo mediante el cual el individuo asume la experiencia traumática, la recuerda y la repite de forma simbólica y dialógica hasta que aprende a aceptarla y la supera.

Algunas conclusiones

La novela de Aurora Bertrana *Tres prisioneros* contribuye a reconstruir la memoria colectiva de los supervivientes de la Segunda Guerra Mundial en Etobon. Tanto los testimonios orales como los mismos recuerdos de la autora pueden ser considerados, desde el ámbito de los estudios antropológicos, como herramientas que permiten acceder a la historia desde un punto de vista que complementa los datos científicos. En este sentido, el imaginario literario del texto recrea los sentimientos y las emociones de aquellos que vivieron los hechos. La posición del narrador de la trama de la novela revela cierta empatía hacia los prisioneros de guerra; dos de ellos, Franz y Linsa, se muestran como seres afectados por la experiencia traumática de la guerra. Pero cada uno reacciona de una manera diferente. Franz tiene la fuerza que le otorga la inteligencia y la formación; en cambio, Linsa es débil física y emocionalmente, motivo por el cual cae en un estado de melancolía que no le permite remontar el trauma que lo asedia.

Gabrielle se erige en símbolo de la mujer víctima de la ocupación; embarazada a causa de una violación, la propia madre la aleja de su lado, las otras mujeres la consideran repugnante y los soldados la consideran culpable de la ejecución del violador. A pesar de todo, Gabrielle es fuerte y su subconsciente inicia un trabajo de duelo que le permite superar la desgracia.

En última instancia, y sin que ello vaya en detrimento de la defensa de la novela como reescritura de los acontecimientos de índole histórica acaecidos en Etobon, cabe subrayar que Aurora Bertrana propone para su libro un final sumamente edulcorado. Un desenlace en el que la joven violada y el prisionero de guerra pueden acabar formando una pareja feliz, olvidando traumas recientes y empezando una nueva vida en una tierra todavía abatida por el odio y el dolor de la guerra. En este sentido, el *happy end* de *Tres prisioneros* convierte el texto en una novela casi rosa, poco creíble para aquellos que no tienen demasiada confianza en las bondades del destino.

A título de epílogo

Antes de finalizar este artículo, es necesario comentar, aunque sea de forma breve, cómo la curiosidad por conocer dónde acababa la historia real y dónde empezaba la ficción de *Entre dos silencios* y *Tres prisioneros*, me llevó hasta Raymond Berdah, lugarteniente coronel, presidente de Le Souvenir Français, una asociación nacida el año 1872, con el objeto de preservar la memoria de todos aquellos, franceses y extranjeros, hombres y mujeres, que perdieron su vida en Francia, luchando por la libertad y la justicia. Raymond Berdah se mostró muy interesado por la historia contada

por Aurora Bertrana y me proporcionó información sobre la matanza de Etobon, primero a través de un pequeño libro escrito por C. Perret, alcalde de Etobon, inmediatamente después de la guerra, donde se narran los hechos trágicos que allí tuvieron lugar. Según Raymond Berdah, todo lo que se cuenta en el libro no es absolutamente cierto, en particular lo que concierne a los prisioneros alemanes ya que, contrariamente a lo que encontramos escrito, fueron maltratados con frecuencia. Esta afirmación, pues, corrobora las circunstancias que se desarrollan en la novela de Aurora Bertrana, en la que los prisioneros de guerra son denigrados física o psicológicamente en unos casos, en tanto que, en otros, gozan de la simpatía de los aldeanos. Por otra parte, Monsieur Berdah afirma que los habitantes de aquellos pequeños pueblos del este de Francia no jugaron un papel importante en la resistencia, que la historia ha sido embellecida y que no hace demasiado tiempo que, en general, comienza a contarse lo que verdaderamente pasó antes del 27 de septiembre, fecha trágica en que los hombres de Etobon fueron asesinados.

Asimismo, Raymond Berdah, me facilitó la copia del film *Etobon 27 septembre 1944*, realizada por el club de jóvenes de la Amicale Laïque d'Héricourt en 1962, puesta en escena y filmada por Marcel Mettey. Se trata de una película de 10 minutos y 22 segundos de duración que recrea los hechos de Etobon y que se proyecta anualmente el 27 de septiembre, en uno de los actos que pretenden recuperar y dignificar la memoria de los caídos víctimas de la injusticia de la guerra.

Un tiempo después de haberme prometido investigar sobre la misión humanitaria de la que Aurora Bertrana afirmaba haber formado parte, Monsieur Berdah me remitía un artículo publicado el 17 de septiembre del 2015 en el periódico *L'Est Républicain*, protagonizado por Adolf Steber, un antiguo prisionero de guerra de 88 años de edad. El artículo cuenta que, a finales de agosto de 1945, un grupo de prisioneros alemanes llegaron a Chenebier, en la Haute-Saône, con el objeto de ayudar a los aldeanos siniestrados, entre ellos se encontraba Adolf Steber, de dieciocho años de edad, un joven y saludable alemán que debía ayudar a la familia Beaujon en las tareas de la granja. Puede que el joven Steber no fuera justamente uno de los prisioneros a los que se refiere la escritora catalana en su novela; no obstante, resulta indudable que su historia se asemeja en gran medida a la que Aurora Bertrana relata en *Tres prisioneros*. Así, esta obra se convierte en un texto que literaturiza la memoria colectiva reciente, acercando los hechos al lector a partir de la doble mirada que cualquier conflicto bélico proporciona sobre los acontecimientos, la de los vencederos y la de los vencidos. Al mismo tiempo, *Tres prisioneros* refleja las vertientes múltiples de la desolación causada por la guerra, en la que todos, de una forma u otra, resultan perdedores, como los mismos personajes que habitan la novela de Aurora Bertrana.

* **Isabel Marcillas Piquer** es Doctora en Filología Catalana por la Universidad de Alicante, donde defendió la tesis *Passatgeres a l'Orient: la prosa de viatges d'Aurora Bertrana (1892-1974) en el context europeu*. Actualmente es profesora en la Universidad de Alicante, es miembro del Grupo de Estudios Transversales: literatura y otras artes las culturas occidentales y del Grupo de Investigación de Literatura Contemporánea de dicha universidad y forma parte del Comité Editorial de la revista *Catalan Review* como Review Editor. Entre los últimos artículos publicados cabe destacar: “Exilio y memoria de la dictadura argentina en la obra de Victoria Szpunberg” en *América Latina y Europa. Espacios compartidos en el teatro contemporáneo* (2015); “Catalan national identity and popular biographies from Editorial Alcides”, en *An aproache to the other. Biographies, resemblances and portraits* (2015); “La censura i Sorts i dissorts de la llengua catalana d'Aurora Bertrana”, en *La recuperació de la literatura en català. De la anormalitat a la normalitat* (2015).

Bibliografía

- “Adolf Steber, fondateur du jumelage”. *L'Est Républicain*, jeudi 17-09-2015.
- Bertrana, Aurora (1957). *Tres presoners*. Barcelona: Albertí Editor.
- Bertrana, Aurora (1975). *Memòries del 1935 fins al retorn a Catalunya*. Barcelona: Editorial Pòrtic.
- Bertrana, Aurora (2006) [1958]. *Entre dos silencis*. Barcelona: Club Editor.
- Bertrana, Aurora; Esclasans, Agustí; Vilapalana, Alfred (1956). *El pomell de violes. A Josep Clarà. Vocació de viure*. Barcelona: Editex, Col·lecció Els Autors de l'Ocell de Paper.
- Brown, Laura S. (1986). “Diagnosis and the Zeitgeist: The Politics of Masochism in the DSM-III-R”. Ponencia preparada para la *Convention of the American Psychological Association*, Washington, D.C.
- Freud, Sigmund (1995). “Duelo y melancolía”. En *Obras completas*, Volumen 14. Buenos Aires: Amorrortu Editores. 235-258. Traducción de J.L. Etcheverry.
- Hirsch, Marianne (2013). “La generación de la posmemoria”. *VIA Revista del Centre d'Estudis Jordi Pujol*, 04/2013.
- Joutard, Philippe (1999). *Esas voces que nos llegan del pasado*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Marcillas, Isabel (2014), “Violència i repressió política en *Entre dos silencis* (1958) d'Aurora Bertrana”. *Journal of Catalan Studies*. En línea: <http://www.anglo-catalan.org/jocs/17/Articles%20&%20Reviews/Versio%20pdf/02%20Marcillas.pdf>
- Marcillas, Isabel (2014). “Aurora Bertrana: una visió de l'exili”. En *El exilio republicano de 1939. Viajes y retornos*. Sevilla: Editorial Renacimiento.
- Perret, Philippe (1977). Documento elaborado a partir de los escritos de Jules Perret, sin titular, Conseil Général de la Haute-Saône, Archives Départementales: cote: 9J14.
- Sontang, Susan (2003). *Regarding the Pain of Others*. Nueva York: Farrar, Strauss & Giroux.
- Taylor, Diana (2003). *The Archive and the Repertoire: Performing Cultural Memory in the Americas*. Durham: Duke UP.
- Zeitlin, Froma (1998). “The Vicarious Witness: Belated Memory and Authorial Presence in -Recent Holocaust Literature”. *History & Memory*, 10. 5-42.

Filmografía

Mettey, Marcel (Realizador) (1962). *Etobon 27 de septembre 1944*, Amicale Laique d'Héricourt.